



TIENES VOCACIÃ?N Y LO SABES

# DescripciÃ3n

#### LAGO DE GENESARETH



Hoy nos introducimos en el Evangelio como un personaje  $m\tilde{A}_i$ s. Esta vez estamos en las orillas del lago de Genesareth, ese que, en otros sitios del Evangelio suele llamarse el  $\underline{\text{mar}}$  de Galilea.

Yo pensaba� ¡Si las aguas de este lago hablaran! Porque ellas han sido testigo de la juventud de los primeros cuatro apóstoles; allà ellos ejercieron su profesión hasta ese dÃa en que Tu Señor, te insinuaste en sus vidas.

â??En aquel lago tuvo lugar la pesca milagrosa y después de esa pesca -como recordamos- los discÃpulos dejaron barcas, dejaron las redes, dejaron todo para seguirte, para seguirte a Ti que querÃ-



as hacer de ellos pescadores de hombres.â??

â??En esta última semana de Pascua, la Iglesia -en su sabidurÃa- nos recuerda que es, precisamente, en este mismo lugar en el que Tu Señor ya resucitado viniste a esperarlos.

Ellos tuvieron la necesidad de volver a ese antiguo oficio de pescadores donde Tú los habÃas llamado. Y como sucedió aquella otra noche, no habÃan pescado nada; y volvÃan al amanecer y también, esta vez, se sumergieron esas redes, bajo un mandato tuyo Señor, y sacaron ciento cincuenta y tres grandes peces.â??

Juan -que tiene ese sexto sentido, producto del amor- intuitivamente sabe y distingue de quien es esa voz que les dijo: â??Echen las redes hacia la derechaâ??. Y Pedro, más impulsivo, ya se habÃa lanzado rápidamente al mar para ser el primero en llegar cerca de su Maestro.

#### PREGUNTAS A PEDRO

Aquà es cuando se produce ese diálogo que recoge el Evangelio de hoy, que nos desconcierta, pero también nos llena de una profunda esperanza. Tú, Señor, le dices a Pedro:

## «SimÃ3n, hijo de Juan, ¿me quieres?»

(Jn 21, 15).

â??Esto, yo me lo imagino, que lo pronunciaste con la mayor ternura posible. Porque a mà no me cabe en la cabeza que se lo hayas dicho con un tono de reproche o de desconfianza. Y, por supuesto Señor, ni que Tú fueras sordo, ni que no hubieras escuchado la primera vez que Pedro te respondió.â??

Pero, aun asÃ, le repites la pregunta hasta tres veces:

# â??Simón, hijo de Juan, ¿me amas?â??

(Jn 21, 15)

Pedro Iógicamente se entristeció porque tres veces la misma preguntaâ?¦ ¿qué pasa que no hay seguridad, no hay confianza? Y te responde al final, Señor, eso que ya sabemos y que ya hemos dicho, también nosotros, tantas veces en nuestra confesión:

â??Señor, tú lo sabes todo. Tú sabes que te amoâ??

(Jn 21,17).



Seguro que estas tres preguntas, a Pedro, le hicieron acordarse de esas tres negaciones antes del canto del gallo. Esta misma tristeza â?? de la que habla el Evangelio el dÃa de hoy- es la misma tristeza que en aquel momento lo hizo llorar amargamente por haberse dado cuenta de que no era tan fuerte como pensaba.

Por eso, por mucha ternura que hayas puesto en estas preguntas, Señor, al pobre Pedro no le pasa esta idea de la cabeza, es muy difÃcil que se olvide.

Tú lo llamaste en este mismo lago y por eso no es coincidencia lo que contemplamos en el Evangelio, del dÃa de hoy, se produzca en ese mismo escenario.

### LA VOCACIÃ?N

Pedro habÃa recibido su llamada -su <u>vocación</u>– en este mismo lugar. HabÃa gozado del privilegio de pasar horas en diálogo directÃsimo -de tú a tú- con Dios. El se habÃa sorprendido porque en Tu nombre, Señor, â??hasta los demonios se le sometÃanâ?? (Lc 10, 17 cfr.).

Incluso le concediste ese singular consuelo sensible en el Monte Tabor, eso que les hizo decir:

## â??Qué bien se está aquÃ, hagamos tres tiendasâ??.

(Mc 9, 5)

â??Tres tiendas, Señor, que es más o menos lo mismo que te hemos dicho tantas veces, en las que Tu nos has permitido: que la oración nos salga con fluidez, que nuestras Comuniones sean más fervorosas, esos momentos en los que nos hemos dado cuenta de que, estar Contigo es pasársela muy bien.â??

Yo creo que todo esto a Pedro lo reafirmó en su vocación. El sintió â?? medio en broma, medio en serio- de que Tú no te habÃas equivocado Señor. Capaz habrá dicho, algo asà como: ¡Qué buena punterÃa tiene Dios al fijarse mÃ!

Esta seguridad hizo que éI pensara que se podÃa contar siempre con éI. Que le llevó a decirte, Señor, con la mejor intención del mundo:

# â??Aunque todos se escandalicen por tu causa, yo nunca me escandalizaréâ??

(Mt 26,33).

Todos estos recuerdos seguramente pasaron en cuestión de segundos por su mente al escucharte repetir tres veces la pregunta de hoy: ¿me amas? Y creo que más que Tú al decir esto tres veces, más que querer presentar una duda, expresar una duda sobre la veracidad de lo dicho por Pedro, son una lección que a Pedro le hace replantearse su vocación. Es que Dios aún confÃa en él.



â??Y ahora, ya sabiendo Pedro que no puede confiar tanto en sus propias fuerzas, recibe de parte Tuya Señor, este peso de una nueva responsabilidad: *â??apacienta mis ovejasâ??*.

Nuevamente, la Iógica de Dios no sigue los esquemas humanos. Lo normal es que en ningún empleo nos den mayores responsabilidades después de un fracaso estrepitoso. â??Pues precisamente eso es lo que haces, Señor, con Pedro y también con nosotros. Y lo haces a cada rato.â??

â??Y esto porque Tú omnipotencia es capaz de sacar bienes a partir de males (¿Qué mayor prueba que la cruz?). Es que Tu omnipotencia es capaz que a partir de nuestra fragilidad sacar grandes cosas, y hoy Pedro lo ha comprendido como nunca. Que Tú no lo llamaste porque tuviese muchos dotes, ni mucho menos porque fuese mejor que los demás.»

Tal vez, a Pedro, le pasó por la cabeza el sentirse más fuerte o más experimentado en la vida que el joven Juan y resulta que el calvario fue para él un baño de realidad. ¿Cómo pudo él ser más fiel que yo? ¿Por qué si yo tengo vocación no soy tan bueno como pensaba?

#### EL SEÃ?OR NOS LLAMA PARA SER SANTOS





«Con estas tres preguntas tuyas, Señor, Pedro comprendió que no lo llamaste porque fuese santo, sino para que fuese santo. Esto que le pasó a Pedro ojalá que nos pasara a nosotros. Estas tres preguntas le hicieron comprender a él que lo que Tð viste, más que dotes o de virtudes en él -fue una capacidad enorme para amar-.»

Por eso la triple pregunta: ¿me amas? (hasta tres veces). Y a ti y a mÃ, que estamos haciendo estos 10 minutos con JesÃos, Dios nos sigue llamando para hacernos la misma pregunta.

Por eso cuando sintamos esa llamada de Dios (la primera en la vida o las muchas que Dios nos hace a lo largo del dÃa), no tengamos miedo por nuestras fragilidades y tampoco caigamos en esa soberbia que nos hace confiar en nuestras capacidades.

La pregunta de Dios sigue siendo: ¿me amas? ¿Hasta dónde llega tu amor? No sabes que nunca te pediré nada por encima de tus posibilidades, es más, todo lo que Yo te pida, puedes contar con mi ayuda, que es lo que más cuenta.

Las tres preguntas hablan de un Dios que tiene una paciencia impresionante porque aún ve en nosotros una capacidad de amar. Y ahora, Pedro tiene esta certeza, especialmente ahora cuando, Tu Señor, le profetizas que, a pesar de su vida pasada, su amor pasará la prueba final, cuando le adelantas con qué muerte habÃa de glorificar a Dios. (Jn 21,19).

Eso serÃ; un amor con pruebas, un amor generoso, hasta la última gota, sin guardarse nada, a ejemplo del Maestro. Pedro te oyó decirle: â??Y tú, sÃguemeâ?? y ahà comprendió que esa llamada era con él y que era, sobre todo, una llamada a amarlo.

 $T\tilde{A}^o$  y yo tenemos vocaci $\tilde{A}^3$ n, y lo sabemos. Ojal $\tilde{A}_i$  respondamos con la misma prontitud y con la misma generosidad de Pedro, en este Evangelio del d $\tilde{A}$ a de hoy. Ojal $\tilde{A}_i$  entendamos esta llamada a ser santos como lo del Evangelio de hoy, que es un nuevo comienzo en una vocaci $\tilde{A}^3$ n que Pedro hab $\tilde{A}$ a recibido antes, pero que hoy adquiere un panorama nuevo: verlo todo como ocasi $\tilde{A}^3$ n de amar a Dios con obras, confiando m $\tilde{A}_i$ s en su gracia que en las propias fuerzas.

Termino con una cita de san JosemarÃa, a propósito del evangelio del dÃa de hoy, en una homilÃa, él decÃa:

â??A la vista de nuestras infidelidades, a la vista de tantas equivocaciones, de flaquezas, de cobardÃas -cada uno las suyas-, repitamos de corazón al Señor aquellas contritas exclamaciones de Pedro: ¡Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te amo, precisamente por esas miserias mÃas, pues me llevan a apoyarme en Ti, que eres mi fortaleza. Y desde allÃ, recomencemosâ?? (Amigos de Dios, 17).

Se lo pedimos a nuestra Madre, también, la SantÃsima Virgen, que nos ayude a ser humildes y nos ayude a confiar más en Dios. Y, sobre todo, que nos ayude a ser generosos y agradecer esta vocación a la santidad tan grande que Dios nos presenta, para asà recomenzar cuantas veces haga falta.